

# ESPIRITU Y VIDA

Antonio da Silva, S. I.

como núcleo donde se contienen los misterios fundamentales de nuestra fe y las energías vitales de nuestra vida sacramental.

Bajo este aspecto vital nos la presenta el Evangelio de San Juan —el evangelio de la vida.

## Entrada a lo sobrenatural

Estamos en las orillas del mar de Tiberíades y el tiempo es cercano a la Pascua “la fiesta de los judíos”, con todos los recuerdos de la alianza de Dios con su pueblo, del sacrificio que selló esa alianza, de los milagros de Dios por el desierto y en la liberación de Israel de Egipto (Cfr. Ex 1-20). Para nosotros y para los cristianos de fines del siglo I, para quien escribía san Juan, no puede dejar esta alusión a la Pascua de traernos al espíritu lo expresado por san Pablo: “*porque nuestra Pascua, Cristo, ya ha sido inmolada*” (1 Cor 5,7). Con los dos milagros de la multiplicación de los panes y de la marcha de Jesús sobre las olas, únicos que repite, no sin intención (1), de entre todos los referidos por lo demás evangelistas, nos introduce más san Juan en lo sobrenatural. La multiplicación, hasta por la forma exterior, prepara el discurso eucarístico: “*Tomó entonces Jesús los panes, y, después de haber dado gracias, los repartió*”, términos que aparecerán



Comentando el capítulo VI de S. Juan

**C**olocada en una cumbre de la vida pública de Jesús —comienzos del tercer año— la promesa de la Eucaristía adquiere un sentido dramático especial. Primero porque es rechazada por aquellos a quienes primariamente era destinada, el pueblo escogido, heredero de las promesas antiguas realizadas y concentradas en este misterio de modo no sospechado.

Además y sobre todo, porque nos coloca en un centro de perspectiva de la vida sobrenatural —la alianza nueva—

en la institución del sacramento (2). Pero la excepción a las leyes de la naturaleza en los dos milagros es lo que nos prepara el paso a la aceptación del mensaje principal. Hasta podríamos comparar, como algunos autores, la multiplicación con la presencia eucarística en tantos lugares, y la marcha sobre el mar con la permanencia de los accidentales eucarísticos sin su propia sustancia (3).

### Primero, la fe en Cristo

El asunto central del capítulo nos presenta dos partes bien caracterizadas: en la primera (vv. 25-50) el pan de la vida ligado a la persona del Hijo en general, y en la segunda (vv. 50-60) ese mismo pan concretado en la carne y sangre del Señor. Nos lleva san Juan de lo más exterior, que es el pan corporal, por la fe en Jesús Dios-Hombre (vv. 25-50), hasta lo más íntimo del alimento de la vida sobrenatural (vv. 50-60).

Quien ofrece el pan es Jesús: "*Trabajad no por el alimento perecedero, sino por el alimento que dura hasta la vida eterna, que os dará el Hijo del Hombre: porque él es a quien Dios ha enviado (literalmente: ha sellado)*" (v. 27).

Y a esta oferta del Señor debe responder la entrega por la fe: "*que creáis en aquel que El ha enviado*" (v. 29). Es paso decisivo para la unión de los hombres con Dios de que resultará la vida eterna. Porque el hecho de que entremos los hombres en comunidad de vida con Dios no puede dejarnos indi-

ferentes. Exigirá el vértigo de un conocimiento (y de una vida) superior, al que no podemos ascender por nuestras propias fuerzas. No es de admirar que nuestra potencia natural se deslumbe con los secretos de la Trinidad que el mismo Dios nos comunica.

¿Pero será más humanamente creíble que Dios quiera tener con nosotros una vida común, quiera hacerse nuestra vida? Es que cuando Dios se pone al habla con los hombres, ni los conceptos aristotélicos, proporcionados y perfectos como un Partenón ni los rasca-cielos estridentes de nuestra física o nuestras modernas ciencias del espíritu valen mucho. Lo dijo san Pablo a los de Corinto cuando quiso que su fe no se apoyara "*en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios*" (1 Cor 25); y lo dijo el Señor en esta ocasión a los de Cafarnaún: "*Nadie puede venir a mí si el Padre que me ha enviado no le trae*". Y citando a Isaías: "*todos serán enseñados por Dios*" (Jn 6,44.45).

### No bastaron los milagros

Para los de Cafarnaún no habían bastado los dos milagros con que el Padre había recomendado y como sellado (v. 27) el testimonio del Hijo del Hombre. Les parecía muy natural que la intervención de Dios en la naturaleza física la sacara de sus cauces, pero a la intervención divina en la vida de los hombres, ponían la condición de dejarlo todo tan humanamente normal como si nada hubiera pasado. Hacían de la inercia la ley suprema del espíritu, y concedían al Hijo de Dios que fuera un reyezuelo de Palestina (v. 15), pero no más. Los milagros, puerta de lo sobrenatural, no les habían dado entrada para las realidades de la fe: "*vosotros me buscáis, no por que habéis visto milagros, sino porque comisteis pan hasta saciaros*" (v. 26). Y por eso todo lo veían desde fuera, sin distinguir, como no se distingue sin fe un cristiano de un pagano, una hostia consagrada y un trocito de pan, o el Hijo de Dios de

(1) Cfr. TOLEDO, *In Sacrosanctum Ioannis Evangelium Commentarii*, Coloniae 1589, col. 519-20.

(2) Cfr. D. MOLLAT, S. I., *Le chapitre VIe de Saint Jean*. *Lumière et Vie* núm. 31 Fev. 1957, pág. 108 y JUAN LEAL, S. J. *La promesa y la institución de la Eucaristía*, en XIII *Semana Bíblica Española*, p. 347.

(3) Cfr. JUAN LEAL, S. J. *La unidad eucarística del cap. 6 de San Juan según el cardinal Toledo*, en *ArchTeolGran* 6 (1943) p. 188.

cualquier hombre de la calle.” *¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo dice ahora: he bajado del cielo?*” (v. 42).

Es impresionante cómo estas murmuraciones y esta repulsa y estos deseos materialistas de pan y prodigios que aquí nos narra san Juan, se parecen a los de Israel en su travesía por el desierto que se refieren en el Exodo desde el capítulo quince hasta el veinte (4). Ya en los primeros capítulos de su evangelio, san Juan había seguido un orden paralelo al del Exodo: la teofanía que confirma una legación (Ex 3 y Jn 1<sup>29</sup>.34), los milagros que la autorizan (Ex 4 y Jn 21-11), la violencia contra los adversarios (Ex 11-12 y Jn 2, 13 ss.), la salvación por el agua (Ex 14 y Jn 35) (5). Aquí en el capítulo 6, un paralelo psicológico de la travesía del desierto. La misma discusión trae la memoria del pan bajado del cielo, el maná, con que Dios alimentó a su pueblo en ese viaje. Y Jesús se presenta como realización de esa sombra de cosas futuras que el Exodo narra y la Sabiduría describe como señal de predilección divina (6). El sí que es el verdadero pan bajado del cielo “*que da la vida al mundo*” (vv. 32-36, 42). “*el pan de vida*” (v. 48). Y aunque no lo crean y reaccionen como sus padres en el desierto, el Señor les va a explicar más hondamente el modo cómo sirve de alimento de vida, para que ellos no mueran como “*murieron sus padres en el desierto*” (v.49), “*sino vivan eternamente*” (v.51).

### Finalmente el pan de vida

Concretamente Cristo es pan nuestro cuando nos da su carne: “*el pan*

(4) Cfr. M.-J. SCHEEBEN. *Liens entre l'Éucharistie et les autres mystères*, en «*Les Mystères du Christianisme*» Introd. et trad. par Aug. Kerkvoorde O. S. B., s. f. p. 482.

(5) *L'Exode traduite en français sous la direction de l'École Biblique de Jerusalem*. Paris 1952, p. 22.

(6) Sobre los recuerdos del maná para el pueblo de Israel, cfr. P. HEINISCH, *Das Buch der Weisheit*, pp. 311-317.

*que yo os daré es la carne mía para la vida del mundo*” (v. 51). Los judíos lo entienden como suena, y Jesús no le corrige, sino que se dice solemnemente alimento completo: “*En verdad en verdad os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*” (v. 53).

No habla en metáfora sino en *verdad* de comida verdadera. Aparte de que el sentido metafórico usual de la expresión “comer las carnes”, es decir, tener odio a alguien, sería aquí un contrasentido: la vida que exige adhesión completa a Cristo por la fe, no puede exigir el odio del mismo Cristo. Y lo que reclama este alimento sobrenatural es la vida de que S. Juan nos viene hablando desde que, al principio de su evangelio, nos dijo que “*en Él (Verbo) estaba la vida y la vida era la luz de los hombres*” (14).

Pero ¿qué vida es esa que nos da la comunión del Cuerpo (“*carne*” le llama realísticamente Juan) del Señor? Es una vida distinta de la vida temporal, porque no está dependiente de la muerte temporal: “*Este es el pan bajado del cielo. No como el que comieron vuestros padres, que murieron; el que come este pan vivirá eternamente*” (v. 58). Es la vida eterna: “*El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá la vida eterna*” (v. 54), que según Jesús en san Juan 17 consiste en “*que te conozcan a tí el solo verdadero Dios, y al que enviaste Jesucristo*”. Consiste en una unión especial con Cristo: “*Quien come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él*” (v. 56), unión que es semejante en su esfera a la del Hijo con el Padre: “*Así como me envió el Padre que vive, y yo vivo por el Padre, así también el que me come vivirá también por mí*” (v. 57). De otros pasajes de san Juan sabemos que es vida en común de los cristianos: “*Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en tí. Que ellos también sean uno en nosotros*” (Jn 1721). Y lo mismo dice san Pablo a los de Corinto en su primera carta: “*Somos muchos un solo cuerpo pues todos*

*participamos de un único pan*" (1 Cor 1017).

Pero además, sigue el Señor en san Juan, esa vida redonda en el cuerpo como causa de su resurrección: "*Yo le resucitaré en el último día*" (v. 54).

### Hacia la unidad vital

De este modo la vida eterna que va a incluir un contacto con Dios, tan íntimo que no haya intermedio entre El y nosotros, y podamos decir en cierto sentido que vivimos realmente la misma vida de Dios, tiene en la comunión un anticipo y un refuerzo. Un anticipo porque se da de hecho en ella la máxima aproximación a Dios que se puede tener en esta vida, por intermedio de la humanidad de Cristo, unida en una sola persona a la divinidad. Y un refuerzo porque esa vida ya presente en nosotros al recibir al Señor —solamente un vivo puede alimentarse— se desarrolla extraordinariamente al contacto con el que es origen de la gracia. Si la entrada de Dios en la humanidad por la Encarnación nos trajo el principio de vida que recibimos en la gracia bautismal (cfr. Jn 35), esta prolongación de la Encarnación (7) que es la entrada de Dios-Hombre en cada una de nuestras personas por la comunión, tiene que traer la vida de una manera abundantísima. Y es tan abundante que no la podemos hacer sustancia nuestra, sino que nos quedamos adheridos a ella, y solamente no perdemos en ella nuestro ser propio porque se trata de un orden accidental que respeta el orden fundamental e indeleble de la sustancia. En esta línea de asimilación a Cristo no admira que la Eucaristía venga a ser prenda y comienzo de resurrección gloriosa, a imitación del que es el ejemplar divino de la nueva vida y en seguimiento de la cabeza de este cuerpo misterioso de que formamos parte.

(7) Sobre la Eucaristía complemento de la Encarnación, cfr. *Lumière et Vie*, art. cit. p. 109 y *LEBRETON* art. *Eucharistie*, D. A. F. C., I. Col. 1583.

Claro que esta unidad superior de vida se hace también a costa de la unidad inferior de la pura naturaleza —que en definitiva solamente pierde su limitación— y más aún de la unidad infranatural del pecado. Por eso la carne que comemos en la Eucaristía es la carne de un sacrificio, como si estuviera separada de la sangre contra su naturaleza y ofrecida por los pecados "*para la vida del mundo*" (v. 51). "El que se nos presente en san Juan la comida de la carne y la bebida de la sangre parece presuponer que se trata de una víctima previamente ofrecida y sacrificada. Y la frase última "*para la vida del mundo*" coincide exactamente con las frases sacrificales de los sinópticos" (8). El mismo sacrificio como realmente se da, y que en su esencia más íntima no es diverso del sacrificio de la cruz sino idéntico con él, tiende a una unidad de vida.

Vida que nos da la carne de Cristo comida, pero no la carne sangrienta y muerta como en los sacrificios antiguos según creían los de Cafarnaú, sino la carne vivificada por la divinidad, pues "*la carne no sirve para nada*" si no va unida con el "*espíritu que es el que vivifica*" (v. 63). Pero esto solamente lo entiende quien entienda que las palabras de Cristo "*son espíritu y vida*" (v. 63), quien crea con fe sobrenatural que su carne tiene valor espiritualizante (9).

### La opción decisiva

Está revelado el misterio, está ofrecida la salvación y la vida. Viene ahora la opción decisiva: los que rechazan son los más, hasta el círculo de los cercanos al Señor; muchos de sus discípulos dijeron: "*Dura es esta doctrina; ¿quién puede oirla?*" (v. 60).

(8) Cfr. JUAN LEAL, S. J. *La promesa y la institución de la Eucaristía*, loc. cit. pp. 356-357.

(9) Cfr. JUAN LEAL, S. J., *Spiritus et caro in Io 6*. *Verbum Domini*, vol 30 (1952) pp. 257-265.

Los apóstoles, sí, la reciben, se entregan con fe intelectual y del corazón en las palabras de Cristo; “Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabra de vida eterna” (v. 69).

Pero este drama central en la revelación no terminó todavía porque Jesús les respondió: “¿No os elegí yo y los doce? Pues bien, uno de vosotros es un diablo” (v. 70). Por eso nos vuelve irresistiblemente a lo más íntimo del alma repetidamente como golpe de martillo aquello de “si no coméis la carne del Hijo del Hombre y si no bebéis su sangre no tendréis vida en vosotros” (v. 53). No que no la recibáis, que para eso basta el bautismo, sino que su conservación y desarrollo no los tendréis. Es tan frágil el primer brote del grano de mostaza recién sembrado!...

Así comprendemos mejor nuestra sociedad cristiana de hoy, como san Pablo comprendía hará ahora 19 siglos (quizás en la Pascua del 57) la de Corinto, donde el culto eucarístico no era celebrado convenientemente: “por eso entre vosotros muchos enferman y no están bien y algunos mueren” (1 Cor 11:30). Pero más hondas que estas enfermedades corporales, —porque la Eucaristía es causa de vida integral del cuer-

po y del espíritu— las debilidades interiores de una iglesia que permanecía infantil: “Os di a beber leche como a niños en Cristo y no alimento sólido... pues tenéis todavía la debilidad de la carne” (1 Cor 3:2-3).

Y de nuevo nos viene a la memoria todo el asunto de su carta: las apetencias de una sabiduría muy poco conforme con la sencillez de la fe (cap. 2), los partidismos por Pablo, por Apolo, por Cefas, por Cristo (cap. 3), la arrogancia (cap. 4), las deshonestidades (cap. 5), la falsa libertad o libertinaje (cap. 6), y además la falta de criterio sobrenatural en cuestiones de matrimonio y virginidad (cap. 7), de uso de carnes traídas de templos paganos (cap. 8), las irregularidades en las asambleas religiosas (caps. 10, 11, 12, 14), la poca estima de la caridad (cap. 13).

El drama continúa: “Yo os daré el verdadero pan, el pan que os daré es mi carne para la vida del mundo. Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros” dijo el Señor.

¿Será por eso por lo que entre nosotros tantos “enferman y no están bien” espiritualmente? Es que el drama continúa.

